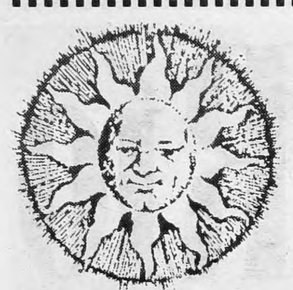


VERANOSCOPIO

SUPLEMENTO TURISTICO



E.V.T. LEG. 7001

Río de Janeiro

"Estaba fascinado y al mismo tiempo conmovido, pues no sólo se me presentó en ese instante uno de los paisajes más hermosos del mundo, esa combinación sin par de mar y montaña, ciudad y naturaleza tropical..."

Crucero a Río

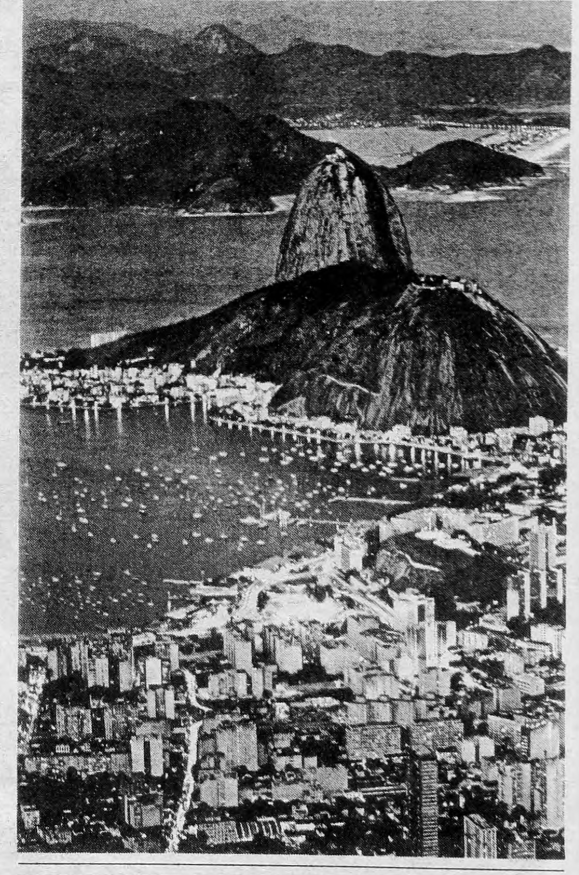
El mar está abierto a los bañistas, la belleza al alcance de toda mirada, las pequeñas necesidades de la vida son baratas y la gente es amable. Algo tierno y de distención flota en la atmósfera. Mirando y gozando, siempre el hombre es allí el beneficiado, e inconscientemente recíbese de ese paisaje, como de todo lo bello y sin par en la tierra, un misterioso consuelo.

Muy de madrugada, todos los pasajeros, llevando prismáticos y máquinas fotográficas, aguardan con impaciencia, agolpados a la borda; ninguno de ellos quiere dejar de ver la célebre entrada a Río de Janeiro, por más veces que la haya admirado. Pero todavía no se ve sino el brillo del mar, azul y metálico, como desde hace muchos días: monotonía sedante y que cansa. Y, sin embargo, sentimos que nos aproximamos a la costa; respiramos la tierra cercana antes de verla, pues el aire se torna de repente húmedo y suave, acariciándonos la boca y las manos, y un perfume misterioso llega hasta nosotros imperceptiblemente; perfume preparado en el fondo de la inmensa selva con el hálito de las plantas y la humedad de los cálices, esas indescriptibles exhalaciones de las regiones tropicales, cálidas, bochornosas y en fermentación, que nos embriagan y nos cansan de un modo delicioso.

Ahora, por fin, una silueta a lo lejos; en la lontananza una cadena de montañas perfílase vagamente, como unas nubes, sobre el cielo límpido y, en la medida que el barco se va aproximando, los contornos resaltan más nítidos: es la serie de montañas que con los brazos abiertos protege la bahía de **Guanabara**, una de las más grandes del mundo. Esta bahía, con sus muchos recodos y promontorios, es tan ancha y tan ensenada que todas las embarcaciones de todas las naciones cabrían en ella, una junto a otra, y en el interior de esta gigantesca concha abierta, hállanse diseminadas, cual perlas, numerosísimas islas, cada una de las cuales es de forma y de color distintos. Unas emergen grises y uniformes del mar de color amatista; vistas de lejos, semejan unas ballenas por la desnudez y la tersura de sus lomos. Otras son de forma oblonga, pedregosas y cubiertas de tubérculos como la piel de cocodrilo: otras están pobladas, otras convertidas en fortalezas; y otras parecidas a unos jardines flotantes con palmeras y vergeles; y mientras admiramos con curiosidad, a través de unos prismáticos, la insospechada multiplicidad de sus formas, cobran plasticidad las montañas del fondo, cada una de ellas, también, de figura particular. Allí están los montes: uno, sin árboles; otro, cubierto de una envoltura de verdes palmeras; otro, peñascoso; y otro, ceñido con un resplandeciente cinturón de casas y jardines, como si la naturaleza, escultora atrevida, hubiera tratado de colocar, una al lado de otra, todas las formas existentes en este mundo, y por eso la fantasía popular dio nombres de este mundo a las figuras pétreas y montañosas -**la Viuda, el Corcovado, el Perro, los Dedos de Dios**-, llamando **Pan de Azúcar** a la más sobresaliente de ellas, la que se eleva frente a la ciudad con repentino empinamiento, cual la estatua de la libertad a la entrada de Nueva York, como símbolo antiquísimo e inamovible de la ciudad. Más a todos esos monolitos y montes les domina el **Corcovado**, el jefe de la tribu de gigantes, que alza sobre **Río de Janeiro** una cruz gigantesca (que de noche se ilumina) para la bendición, como un sacerdote alza la Custodia sobre un grupo de gente arrodillada.

Ahora, finalmente, luego de haber atravesado el laberinto de islas, divisamos la ciudad. Pero no la divisamos de una vez. Este panorama de edificios no se puede abrazar de una ojeada como los de **Nápoles**, de **Argel** o de **Marsella**, que se ofrecen en forma de anfiteatro abierto con gradas de piedra: **Río de Janeiro** se abre como un abanico, una imagen después de otra, y esto es lo que da su carácter dramático a la entrada, tan abundante en sorpresas, Cada una de las ensenadas pobladas, cuya suma forma la playa, se halla aislada por cadenas de montañas, que son como las varillas del abanico que separan las imágenes a la par que las reúnen. Surge, por fin, la playa, de hermosa curvatura. ¡Qué aspecto más encantador! Un paseo costanero, ancho, siempre cubierto de espuma de olas, con edificios y jardínes, y ahora ya se distinguen bien los hoteles de gran lujo y los chalets, rodeados de parques y trepando por las colinas. Pero nos hemos equivocado; aquello no es más que la playa de **Copacabana**, una de las más hermosas del mundo, y Copacabana es un arrabal de Río de Janeiro , y no la ciudad propiamente dicha. Aun hay que doblar el **Pan de Azúcar**, que quita la vista: sólo entonces vemos la ciudad dentro de la bahía, esa cuidad blanca y compacta, mirando al mar y fundiéndose indistintamente en las alturas vestidas de verde. Vemos los cuidados jardines, y el aeropuerto ganado al mar: no tardaremos en desembarcar y satisfacer nuestra impaciencia. ¡Otra vez estamos equivocados! Esta es la bahía de **Botafogo** y de **Flamengo**; tenemos que seguir adelante, abriendo otro pliegue de este abanico divino, reluciente con todos los colores imaginables, al pasar por delante de la **Isla de la Marina** y aquella otra, pequeña, con el palacio de estilo ojival, donde el emperador Pedro ofreció, sin sospechar nada, su último *sarao*, dos días antes de su destronamiento. Sólo ahora nos saludan los rascacielos, que forman una compacta mole vertical; sólo ahora se echan de ver los diques, y el barco puede atracar al desembarcadero.

Esta entrada a **Río de Janeiro**, que dura una hora, depara emociones extraordinarias, únicas, sólo comparables a las que causa **Nueva York**. Pero el saludo de Nueva York es más austero, más enérgico: sus cubos blancos como el hielo y puestos unos sobre otros, producen la impresión de un fiord nórdico. Manhattan es un saludo varonil, heroico. Río de Janeiro no se empina ante el forastero, sino que se extiende abriendo sus brazos muelles, brazos de mujer: Río de Janeiro recibe al forastero, lo atrae hacia sí, entregándose con cierta voluptuosidad a la vista. Aquí todo es armonía: la ciudad, el mar, el verdor y las montañas, todo se confunde armoniosamente; ni los rascacielos, ni las embarcaciones, ni las multicolores luminiscencias publicitarias constituyen estorbo alguno; y esa armonía se repite en acordes cada vez más diferentes: esta ciudad, vista desde las colinas, es distinta de la misma ciudad vista desde el mar, pero en todas sus partes predomina la armonía, multiplicidad resuelta que siempre vuelve a formar una perfecta unidad: la naturaleza hecha una ciudad, y una ciudad que impresiona como la naturaleza. Y del mismo modo ambiguo, inagotable, grandioso y liberal que nos recibe, sabe retenernos; desde la hora de la entrada sabemos que la vista no se cansará y que los sentidos







no se hartarán de esta ciudad sin par.

Más breve, pero, acaso, más perturbadora aún es la impresión que se recibe llegando en avión a la ciudad. En tal caso se obtiene por primera vez una visión completa de la disposición verdadera de Río, se ve cómo está tendida en la falda de las montañas, que la vigilan; cómo , por así decirlo, se va diluyendo en el paisaje. Se va planeando sobre montañas y más montañas y de repente se abarca la amplitud de la bahía que encierra a esa perla blanca en su gigantesca concha azul. Se ven las diagonales tajantes, como trazadas a cuchillo, de las avenidas que la atraviesan, la playa resplandeciente, no más ancha que la piel blanca que cubre una naranja dorada, y luego, esparciéndose hasta muy tierra adentro, las manchas blancas de los chalets y casas, y todo esto destacando sobre un doble azul: el cielo límpido y acerado y el agua que lo refleja. Y cuando el avión toma una curva, es como si las sierras desapareciesen de pronto, y entonces es la ciudad, con sus casas albas, la que saluda como una sola pared blanca de piedra, y ya se distingue la cinta movida de los autos que recorren las avenidas costaneras, los bañistas en el mar; se percibe la vida que le espera a uno y los colores que deslumbran al que llega. Y una, dos, tres veces más, el avión va perdiendo altura hasta casi tocar el tejado del monasterio de San Benito. Luego rechinan las ruedas, se aterriza en suelo firme, en una de las tierras más bellas del mundo.

La Ciudad

En el año **1552**, más de cuatro siglos atrás, **Tomé de Souza** escribió, al llegar a Río de Janeiro: *Tudo é graça que dela se pode dizer.* Es prácticamente imposible expresarse mejor que ese rudo guerrero. La belleza de esa ciudad, de ese paisaje, en rigor, difícilmente puede reproducirse. Se resiste a la palabra, se resiste a la fotografía, porque es demasiado heterogénea, imposible de abarcar, inagotable en exceso; ni siquiera un pintor que deseara representar el conjunto de Río con sus mil colores y escenas

Continúa en la página 4.-



Viene de la página 3.- podría dar cima a su obra en lo que dura una vida entera. Porque la naturaleza aglomeró allí en un capricho único de prodigalidad y en un reducido espacio todos los elementos de la belleza del paisaje que de ordinario distribuye parcamente entre paises enteros, uno acá y otro allá. Está aquí el mar, pero el mar en todas sus formas y colores, trayendo en la playa de **Copacabana**, verde espuma de la lejanía infinita del océano Atlántico, asaltando en **Gávea** furiosamente esta o aquella roca, y luego, **Niteroi**, plegándose nuevamente calmoso y azul a la arena llana de la playa o envolviendo tiernamente las islas. Hay ahí montañas, pero cada cima, cada pendiente tiene otra forma, escarpada, gris y rocosa la una, cubierta de verdor y suave la otra, empinado, puntiagudo el **Pan de Azúcar**, y como achatada con un martillo gigantesco la altura de **Gávea**, dentellada y desgarrada la sierra de **Orgãos**. Cada una conserva obstinadamente su forma,sin que por ello dejen de unirse en un círculo fraternal. He aquí lagos como el de **Rodrigo de Freitas** y el de **Tijuca**, cuyas aguas reflejan las montañas, el paisaje y, a la vez, las luces de la ciudad; he aquí las cataratas que se precipitan frescas y espumosas desde las rocas; he aquí ríos y arroyos, el agua en todas sus formas y aspectos. La vegetación presenta ahí todos los colores, la selva con sus lianas exuberantes y su maleza impenetrable llega hasta casi junto a la ciudad; hay ahí parques y cuidados jardines que reúnen toda suerte de árboles, frutas y arbustos del trópico en un aparente caos y, sin embargo, en sabio orden. Un todo a la vez, una ciudad de lujo, un puerto, un emporio comercial, una ciudad de turismo, industrial y de funcionarios. Y por encima de todo eso, un cielo bienaventurado, de un azul oscuro de día, como una enorme tienda, y de noche sembrado de estrellas meridionales. Dondequiera que se dirija la mirada en Río, siempre se deleita con algo nuevo.

No hay ciudad más hermosa en la Tierra -no me desmentirá quien quiera que la haya visto una vez-, ni ciudad más insondable ni más inabarcable. No se termina nunca de conocerla a fondo. El mismo mar trazó las líneas de la playa en un extraño zigzag, y la montaña arrojó al espacio de su desarrollo abruptas pendientes. En todas partes tropiézase con esquinas y curvas, todas las calles se cruzan en forma irregular y se pierde de continuo la orientación. Cuando se cree haber llegado a un final, se tropieza con un nuevo comienzo, cuando se acaba de dejar una bahía para penetrar en el corazón de la ciudad, llégase sorprendido a otra ensenada. En cada camino descúbrese algo nuevo: una perspectiva sorprende entre las colinas, una plazoleta que parece yacer olvidada desde los tiempos coloniales, un canal entre doble hilera de palmeras, un mercado, un jardín, una *favela*. En lugares por los que se ha pasado cien veces, se descubre, al entrar por equivocación a una calle adyacente, un mundo nuevo: es como si uno se hallase sobre un disco giratorio que le coloca ininterrumpidamente frente a otras perspectivas. En todas partes acontece algo, en todas partes hay color, luz y movimiento, nada se repite, nada hace juego y, sin embargo, todo armoniza. El recorrer las calles -que en otras ciudades no conduce a nada ni es casi posible yaconstituye en Río todavía un placer y un diario goce de descubrimientos. Quiere uno dirigirse al centro de la ciudad y debe cruzar una montaña. Quiere uno llegar hasta un suburbio para contemplar allí las casitas multicolores, y encuéntrase de improviso entre feudales palacetes con jardines seculares. En un cuarto de hora puede pasarse de la brillante costa del mar a la cumbre de una montaña, en cinco minutos puedes pasarse de un mundo de lujo a la pobreza más primitiva, y luego en seguida, nuevamente, al medio del fárrago cosmopolita de relumbrantes cafés y entre un torbellino de automóviles.

Se puede vivir en Río como se quiera. El mar está abierto a los bañistas, la belleza al alcance de toda mirada, las pequeñas necesidades de la vida son baratas y la gente es amable. Algo tierno y de distención flota en la atmósfera, algo que tiene por consecuencia que el individuo sea menos combativo y acaso también menos enérgico. Mirando y gozando, siempre el hombre es allí el beneficiado, e inconscientemente recíbese de ese paisaje, como de todo lo bello y sin par en la tierra, un misterioso consuelo.

Nadie que haya estado una vez en Río, gusta dejarlo. Cada vez y de dondequiera que se parte, se desea volver. La belleza es rara, y la belleza perfecta poco menos que un sueño. Esta sola ciudad entre las ciudades la realiza aun en las horas más sombrías; no hay sobre la faz de la tierra otra que prodigue más consuelo.

Stefan Zweig

World Class, su agencia de viajes lo espera para asesorarlo en C.Pellegrini 1061 5º p. Tels. 312-4366/4509 de 9.30 hs a 18.30 hs de lun. a vier.-

